

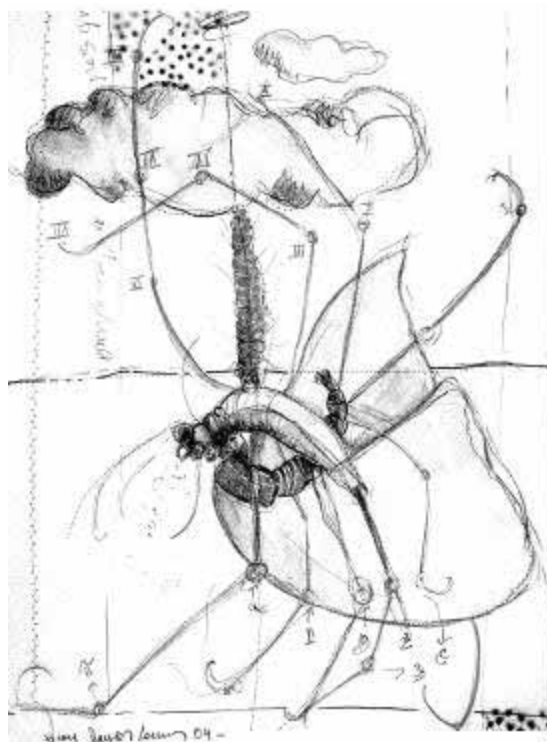
# Barbuda de closet

**EVE GIL**

Entre las conquistas del feminismo nos quedan tres pendientes: el sacerdocio, la barba y el bigote.

Por eso, hay veces que permito al vello crecer desmesuradamente, experimentando una especie de complicidad conmigo misma, semejante al de las mujeres musulmanas que se maquillan aunque nadie las vea bajo la burka pues, aunque tímidamente, se manifiestan reacias a que la sociedad patriarcal y machista las moldee por completo. Para ellas, el rimel y el colorete son sus voces acalladas: para nosotras debieran ser los pelos. También las mujeres generamos pelo, sí señores y señoras, a veces tanto o más que algunos hombres, a veces igual de áspero y rizado, pero nuestra lampiña sociedad americana (las europeas quemaron los rastillos junto con los sostenes) nos exige autoflagelarnos con ceras calientes, pinzas, navajas o tiras; aparentar que somos bebés, cuando mucho adolescentes; y nosotras, sumisas, nos sometemos a las sesiones de tortura que nos permiten ser lo que los demás quieren que seamos pero que, definitivamente, no somos. Actualmente no sólo se nos exige arrasar de la piel del cuerpo toda impureza pilosa, sino también el rostro, por lo que las que estábamos tan IN en los años ochenta, con cejas a lo Brooke Shields, tenemos dos caminos: arrancarnos nuestras ex preciosas cejas o quedarnos pasadas de moda. Yo, naturalmente, he optado por lo segundo. Afortunadamente las modas son cíclicas. Las mujeres somos eternas.

Definitivamente, no seremos libres de verdad mientras nos sometamos a la exigencia social de fingir ser lo que no somos: seres immaculados. Pero no solamente deberíamos liberarnos de una vez y para siempre de todo lo que nos lastime, sino además adoptar barbas y bigotes si nos da la gana. ¿Por qué no? Ocultan los defectos y resaltan las virtudes mejor que el maquillaje. Si tontos no son, los hombres: saben perfectamente que un bigote contribuye a suavizar unos labios duros o licenciosos y que una hermosa barba realza el marco del rostro y además, cubre barbillas demasiado estrechas o demasiado grandes, y quizá por ello pretenden privarnos radicalmente de tales atributos: de la real cosmética de los pelos. ■



Juan Ramón Lemus